



Ponente

MICHEL CAMDESSUS

Ex Director Gerente del FMI.

Presidente de las Semanas Sociales de Francia

Señor Presidente, Sr. Nuncio Apostólico, Sr. Rector de la Universidad, Mgr, amigos todos, ¡buenas tardes! Déjenme decirles lo honrado que me siento por haber sido invitado a compartir algunas reflexiones con todos ustedes. Permítanme también suplicarles que sean muy indulgentes con los disparates que pueda cometer en el uso de la lengua de Cervantes y de Teresa de Jesús.

Estos son tiempos difíciles, son tiempos de crisis aquí en España, en mi país, en todo el mundo. Hace poco he recibido una carta de un compatriota suyo, entrañable amigo mío, que me decía: “Es evidente que sobre lo que está pasando en este momento estamos perplejos ante reacciones como el *Brexit*, la falta de consenso en el bien común para organizar una buena gobernanza en diversos países como el nuestro, las consecuencias nefastas de herencias corruptas, y la búsqueda ansiosa de liderazgos en toda la sociedad que planten cara al consumismo por el consumismo, a la búsqueda exclusiva de resultados materiales [...] Descontentos estamos todos [...] ¿Quién tiene soluciones? ¿Quién tiene la llave de la puerta del futuro?”.

Esto me dejó perplejo. “Esto es Francia”, me dije. “¿Será que ya no hay Pirineos?”. No, ni mucho menos, pero esto es un diagnóstico de lo que pasa en muchas partes de Europa y en todo el mundo. Estas son las palabras de un cristiano ante la crisis mundial. En base a similar análisis, respetados economistas¹ observan que, visto lo insignificante de nuestras reacciones ante tantos indicios de un malestar profundo, estamos deslizándonos hacia algún derrumbamiento apocalíptico de esta civilización incapaz de afrontar su futuro. Es cierto que instintivamente rechazamos esta perspectiva, pero nos quedamos como desarmados, sin las llaves de la puerta del futuro. Es cierto que sabemos, como cristianos, que, si Dios ha creado este mundo y nos ha salvado por la muerte de su Hijo, no es para que todo esto fracasara; pero continuamos andando a oscuras. En eso estamos. Es urgente, pues, recobrar

¹ En Francia, Jacques Attali, por ejemplo.

la confianza perdida y, para ello, tratar de analizar en profundidad la crisis que atravesamos. Amigos, lo poco que les puedo ofrecer en un momento así es tratar de compartir con ustedes mi propio análisis de esa crisis a la luz de lo que he vivido, y decirles lo que me parece que habría que hacer con mayor urgencia en estos tiempos, que continúan siendo tiempos de gracia, tiempos de esperanza, tiempos de avance hacia el Reino de Dios.

I. ¿De qué crisis se trata?

Esta crisis mundial es compleja, sin precedentes conocidos en la historia de la humanidad. A mi parecer se trata, en realidad, de tres crisis diferentes que se superponen y mezclan sus efectos, cada una de las cuales nos invita a abrir los ojos sobre graves deficiencias en nuestros comportamientos y nos invita a nada menos que a convertirnos.

La primera de estas tres crisis nos es bien conocida. Es la crisis financiera que estalló en 2007-2008, cuyo enorme costo para la humanidad conocemos bien, así como el esfuerzo de los gobiernos, tanto en sus políticas domésticas como en los marcos de Europa y del G20, para darle respuestas razonables. Se adoptaron mejores reglas que trataban de transformar el mundo financiero, intoxicado por la ideología neoliberal, en un servidor honesto y competente de la economía, haciendo del que pretendía ser el mandamás un servidor. En esta tarea reguladora, como ustedes saben, queda por hacer. Pero los reglamentos no bastan. No podemos seguir ignorando que el origen más profundo de esta crisis fue una carencia ética generalizada.

Conocemos ciertamente el impacto del neoliberalismo sobre la pasividad de los gobiernos ante los excesos de toda índole que se han multiplicado en la esfera financiera, pero hay más. Hasta ahora he hablado de los medios financieros, ahora voy a hablar de la sociedad, es decir, de nosotros. Hay que reconocerlo, estos excesos no hubieran sido posibles si, al mismo tiempo, nuestras sociedades no se hubiesen dejado invadir por un hedonismo, por una avidez individual y colectiva y un afán de ganancias inmediatas profundamente arraigados en el contexto cultural de los últimos decenios, durante los cuales la seducción del dinero producía ceguera colectiva y desarmaba toda vigilancia. La cultura del ganar más para consumir más se había convertido en razón de ser dominante, reduciendo al ser humano a su función exclusivamente económica. El consumo se había transformado en un fin. La codicia, de manera subrepticia, se había hecho políticamente correcta, se había apoderado de nuestra cultura colectiva. Todos, de alguna manera, nos sometimos a esa cultura en la cual nuestros países se habían dejado su-

mergir. Esto nos ha dejado como herencia una tarea de fortalecimiento ético de nuestras sociedades que se impone a todos nosotros, por limitada que sea nuestra influencia. No habrá salida verdadera de esta crisis si no se logra generar una nueva cultura que convierta y oriente nuestras sociedades hacia comportamientos más respetuosos de los otros seres humanos y de nuestro medio ambiente: una cultura del “ser”, más que del “poseer y consumir”. Son muchos ya, y no solo cristianos convencidos, los que empiezan a adoptar y a propagar esta cultura, pero, lo repito, ¡queda por hacer! Además, a pesar de estar combatiendo así las raíces de esta crisis, seguimos inquietos, temiendo que la próxima crisis esté a la vuelta de la esquina, e intuyendo que esta crisis no es solamente una crisis financiera, sino que es mucho más: es una crisis de civilización.

¿Crisis de civilización? Esta es la segunda crisis. A poco que reflexionemos, nos damos cuenta de que, como la Hidra de siete cabezas de la mitología, esta crisis financiera se articula en sistema con otras seis crisis: crisis de pobreza y de desigualdades crecientes, crisis climática, crisis alimenticia, crisis energética, crisis del sistema multilateral de las Naciones Unidas y de la cooperación internacional y crisis cultural y ética. ¡Total, siete crisis! Como, según la leyenda, tuvo que hacer Hércules al luchar contra la Hidra de Lerna, tendremos, pues, que afrontar todas esas crisis al mismo tiempo para resolver cualquiera de ellas. El Santo Padre lo repite en la *Laudato si*, al insistir en que “todo está vinculado”, puesto que todas estas crisis encuentran de alguna manera su origen en nuestra avidez individual y colectiva. Esto tiene un significado muy concreto para cada uno de nosotros como cristianos: es otra llamada a convertirnos, y esta vez a convertirnos en constructores de una nueva civilización en cada uno de esos siete aspectos en los cuales nuestros comportamientos están en tela de juicio.

Frente a esta segunda crisis podemos celebrar que nuestro mundo, aunque lentamente y de manera insuficiente, empieza a reaccionar. Los nuevos objetivos de desarrollo sostenible adoptados por la Asamblea General de las Naciones Unidas en septiembre de 2015, así como el acuerdo de la COP 21 en París en diciembre de ese mismo año, fueron un comienzo muy bienvenido de respuesta a varios objetivos de esta crisis de civilización². Desde luego, estos objetivos han de ser implementados, con los sacrificios que implican, y contra todo viento y marea. También para esto –y aquí hablamos de cam-

2 Conocen todos ustedes estos objetivos para 2030, aunque sean 17 –lo que es mucho–, pero recuerdo los primeros: poner fin a la pobreza extrema en todo el mundo, poner fin al hambre, garantizar la salud y el bienestar, una educación de calidad para todos, lograr igualdad entre hombres y mujeres, acceso universal al agua y su saneamiento, a una energía segura, promover trabajo decente para todos.

bios muy profundos— los cristianos deben sentirse movilizados, cogidos de la mano con todos los hombres de buena voluntad.

Pero aún hay más, y aquí llegamos a la tercera crisis: vivimos el proceso de alumbramiento de un mundo nuevo —el mundo en el que vivirán nuestros hijos y nietos—. ¡Sí! Aunque estemos aún lidiando con las dos primeras crisis, vivimos este proceso de alumbramiento, vinculado a ellas, con todo lo que un alumbramiento significa de ineludibles sufrimientos y entusiásticas esperanzas. Un mundo distinto viene a la luz y está ya muy presente en lo que vivimos. Por desgracia acogemos este nuevo mundo con nuestras culturas de ayer o de anteayer, resistiéndonos a los cambios a los que este alumbramiento nos invita, en vez de aprovechar las oportunidades que nos brinda.

Amigos, nos cuesta reconocerlo pero es obvio que el mundo de mañana —digamos el de los años 2030-2050— nos invade ya, trayendo consigo oportunidades, riesgos, exigencias y desafíos. Varios de los rasgos predominantes de este mundo nuevo están ya presentes en nuestra vida de hoy, como olas de fondo que se forman en el horizonte antes de invadir en cualquier momento las playas mejor protegidas. Esta invasión del futuro sacude nuestras estructuras y nuestros modos de vivir. Nos espanta. Preferiríamos ignorar estos rasgos del futuro, nuestras culturas los rechazan y, de este rechazo, nace precisamente esta tercera crisis. Pero, ¿cuáles son estos rasgos, estas olas de fondo a las cuales no prestamos suficiente atención?³.

Para no abusar del tiempo de ustedes —y aun sabiendo que otros varios rasgos merecerían una atención similar—, me limitaré a subrayar solo tres de ellos, que bastarán para identificar los principales retos que este alumbramiento de un mundo nuevo añade a los que ya hemos identificado.

El primero de estos rasgos es la revolución demográfica, en un mundo que continúa su proceso de envejecimiento. África, en los próximos 35 años, va a doblar su población de uno a más de dos mil millones de habitantes. Esto nos anuncia una formidable presión migratoria de África a Europa —una auténtica multiplicación de las migraciones que conocemos hoy—, a no ser que, merced a un esfuerzo cooperativo continuo y de mucha más intensidad que todo lo conocido hasta ahora, consigamos, trabajando cogidos de la mano con los gobiernos y las empresas de África, generar un rápido desarrollo, dinamismo empresarial, empleo y esperanza de un futuro mejor en los 54

3 He tenido la suerte de haber colaborado con un grupo de excelentes investigadores, en el marco del *Emerging Markets Forum* de Washington, en una serie de estudios destinados a ayudar a los dirigentes del mundo entero a que integren más efectivamente la dimensión del largo plazo en sus estrategias, como lo recomienda con insistencia la Doctrina Social de la Iglesia. Se podrá encontrar un resumen de las conclusiones de estos estudios que identifican estos rasgos en un documento adjunto n°2 que acompaña al texto de esta presentación.

países de este continente, que se halla a solo unas pocas millas de las costas de Andalucía. Se lo digo temblando: ¿seremos capaces de esta intensificación de nuestra solidaridad? De ello depende, en gran parte, no solo la calidad de vida de los africanos y de nuestros propios hijos en los años venideros, sino también el futuro y la paz de nuestros dos continentes.

Segundo rasgo del mundo que nace, el inmenso desajuste que se manifiesta ya, hoy en día, entre las perspectivas de consumo mundial, de una parte, y los límites de los recursos naturales disponibles agravados por el problema climático. Este también es un rasgo que no podemos ignorar. Si las nuevas clases medias mundiales –que podrían alcanzar unos cuatro mil millones de personas en los países emergentes– vinieran a adoptar el modelo de consumo que prevalece ahora en los países avanzados, sería necesario que dispusiésemos de varios planetas más para alimentarlas. No los hay; esto nos sitúa frente a la exigencia de muchos cambios y, entre ellos, el cambiar decididamente nuestro modelo de “hiperconsumo” para evitar múltiples fenómenos de escaseces, conflictos y crisis de un alcance inmenso.

Tercero: tenemos la gravísima insuficiencia de las instituciones de gobernanza mundial frente a un mundo que se enfrenta más y más cada día a problemas que requerirían un marco de cooperación universal mucho más sólido y eficiente. Estamos expuestos a grandes riesgos de inestabilidad económica y financiera o de inseguridad colectiva, que van a resultar de la emergencia de entidades no estatales violentas, como DAECH, Al Qaeda y organizaciones similares. Todos estos riesgos solo podrán ser superados si va imponiéndose entre los hombres un sentido de ciudadanía mundial, suficientemente fuerte para exigir de los gobiernos que orienten sus políticas hacia un bien común global, en el marco de una gobernanza mundial radicalmente renovada a un momento en que nosotros, europeos, también tenemos una asignatura pendiente con los cismas que amenazan nuestras instituciones. Formidables desafíos, por cierto, pero no les debemos dejar ocultarnos las oportunidades que –a veces silenciosamente– los acompañan. Son prometedoras y las podremos aprovechar, para transformar este mundo en un mundo mejor para nuestros hijos y hacer de nuestra propia historia una nueva etapa, la etapa nuestra, en la construcción del Reino de Dios. Son muchas estas oportunidades, empezando por el reconocimiento más universal a pesar de tantas resistencias de la igualdad de la mujer y del hombre y el acceso de aquella a todas las responsabilidades de las sociedades humanas. También vemos difundirse un sentido universal mucho más agudo de nuestras responsabilidades ecológicas. Igualmente es fuente de esperanza el sinnúmero de iniciativas de solidaridad, aparentemente muy modestas, pero

en las cuales trabajan y perseveran ya tantos hombres y mujeres de buena voluntad, en todas las partes del mundo. Este despertar universal de la sociedad civil es una gracia para nuestro mundo, como lo son tantas innovaciones científicas que mejoran en muchos aspectos la condición humana y que hacen que estemos mejor informados y más próximos los unos de los otros. Sin negar que cada uno de esos avances tenga frecuentemente una cara negativa, hay mucho que aprovechar en ellos al servicio del desarrollo integral del hombre y de todos los hombres.

II. Este es “el tiempo favorable”

Aquí estamos, amigos, frente a los riesgos y las oportunidades de este nuevo mundo.

Este es, amigos míos, el mundo de hoy. Si solo nos detuviéramos en las tareas que se requieren de nosotros, podríamos quedarnos desanimados y, como el profeta Elías, sentarnos bajo una retama y dormirnos deseando la muerte (1 Re. 19, 4). Pero si a Elías le despertó un ángel, nosotros tenemos las palabras de Cristo que nos aseguran que el Padre nunca nos negará su Espíritu Santo y, como colaboradores de Cristo, oímos al apóstol Pablo en su segunda epístola a los corintios (II Cor. 6,1-10), que nos llama a “no recibir en vano la gracia de Dios” y que nos repite las palabras de Isaías: “En el momento favorable, te escuché y en el día de la salvación te socorrí”. Y concluye Pablo: “Este es el tiempo favorable, este es el día de la salvación” (2 Cor. 6, 2). Sí, este es el momento que Dios nos da para cooperar con su obra de salvación; este es, como decían los griegos, nuestro *Kairos*, nuestro propio “tiempo favorable”. El nuestro. Me gustaría meditar con ustedes un magnífico sermón de Karl Rahner, uno de los más importantes expertos del Vaticano II, sobre este tema en 1957. Les cito unas pocas frases: “Ahora es el tiempo favorable, es vuestro *Kairos*; el *Kairos* es ahora, es hoy, el día de la salvación. Este ahora no existe siempre, sino que pasa; este ahora es un don que no está en nuestro poder...”⁴.

Entonces, amigos, si este es nuestro momento favorable, ¿cómo lo podemos vivir? ¿Qué compromiso debe de ser el nuestro, para utilizarlo plenamente? Pues, ante las mil formas de compromisos que se ofrecen a nosotros, dondequiera que estemos, cualesquiera que seamos, este momento favorable es ante todo un llamamiento a convertirnos; un llamamiento dirigido a todos nosotros. Es un llamamiento, no a hacer algunos esfuerzos más en esto

4 Documento adjunto n°3.

o en aquello, darle 10% más a Cáritas (que claro que hay que hacerlo), sino un llamamiento a la santidad, sin otros miramientos, sin contentarnos con cambiar a medias. Esto se lo dice alguien que está atrasadísimo en este camino, pero que comparte, como cristiano, la esperanza de ver cómo la mínima contribución de nuestros compromisos pasa a ser parte de ese mundo totalmente renovado que Cristo, el último día de la Historia, ofrecerá a su Padre “para que Dios sea todo en todos”⁵.

III. La santidad en el siglo XXI

Ahora, sabiendo que la santidad es el don que Dios quiere hacernos en este “momento favorable”, ¡hablemos de ella! Nos podemos preguntar, por ejemplo, cuáles podrían ser los aspectos peculiares de la santidad para estos primeros decenios del siglo XXI.

Como bien sabemos, la santidad se ha manifestado en una maravillosa sucesión de aspectos a lo largo de la historia. Hubo, en los primeros años después de Pentecostés, aquello que nos cuentan los Hechos de los Apóstoles (Hch. 2, 42-47): los cristianos “vivían unidos; con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran queridos por todo el pueblo”. Después, en el siglo segundo, tenemos el maravilloso testimonio de la epístola a Diognetes, donde vemos a los cristianos dando a su alrededor “el sorprendente espectáculo de una vida angélica apenas creíble”⁶. Pasan los siglos y viene la era de Francisco de Asís. Luego viene la gran era de la mística cristiana, que tanto impacto tuvo en esta “tierra de cantos y santos”. Y viene el siglo XX, esa gran “era de los mártires”, como lo llamó San Juan Pablo II. ¿En qué tipos de compromisos y de comportamientos podemos hoy desear que la santidad florezca en los años de nuestras vidas? Con mucha audacia, me atrevo a sugerir seis:

1. Un rechazo que va de suyo: el rechazo de la cultura de la acumulación y del consumismo al origen de la crisis que estalló en 2007-2008 y que sigue tan presente en nuestras sociedades.
2. La apertura de los corazones a la misericordia como fruto del jubileo y de la “revolución de la ternura” de la cual habla el Papa Francisco.
3. Una respuesta efectiva a la llamada de todos los papas desde el concilio a la solidaridad universal.
4. La ecología integral tan bien definida por la encíclica *Laudato Si*.

⁵ I Cor. 15-28.

⁶ “... Esparcidos como lo quiso la Providencia en las ciudades griegas o en el mundo de los bárbaros, se conforman con el vestido, los alimentos, la manera de vivir, las costumbres que encuentran allí, pero dan el sorprendente espectáculo de una vida angélica apenas creíble...”.

5. Un compromiso de ciudadanía mundial al servicio de un bien común global;

6. Un compromiso de colaboración fraterna de los cristianos con todas las otras sabidurías y religiones del mundo para humanizarlo.

Seguramente, para dar a esta lista una tonalidad bíblica, debería proponerles una séptima característica, pero esta la dejo a sus reflexiones. De todas formas, sobre cada uno de estos rasgos de la santidad en este “momento favorable”, cada uno de ustedes podría hablar mejor que yo. Permítanme simplemente mencionar unos pocos puntos:

1. Por lo que toca a la ecología integral, tomémonos simplemente el tiempo de meditar *Laudato Si* y dejémonos transformar por esa magnífica encíclica que el mundo entero ha reconocido como un mensaje de salvación y de reconciliación entre el hombre y el medio ambiente que estábamos desperdiciando y destruyendo.

2. En el tema que nos es más familiar de la solidaridad global, esforcémonos, como ciudadanos y como individuos, por dar plena vigencia a esos objetivos del desarrollo sostenible que todos nuestros países han adoptado. Es tiempo de que en todo el mundo los cristianos vean, en estos objetivos, un reflejo para nuestro tiempo de aquellas palabras que todos oiremos el día del Juicio Final: “Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme” (Mt. 25, 35-36). Estas palabras: “era forastero y me acogisteis” nos ponen muy especialmente a nosotros, europeos, frente a la respuesta –colectivamente tan indigna– que damos al problema de las migraciones. No podemos cerrar los ojos delante de estos dramas de cada día, ni quedarnos tan indiferentes ante lo que sufren estos hermanos nuestros⁷. Amigos, es tiempo de ser samaritanos.

3. En lo referente al cambio de nuestra cultura financiera, si tenemos ahorros preguntémonos lo que podríamos hacer –recurriendo a alguna forma de “finanza solidaria”– para que estos ahorros sirvieran al desarrollo integral de los países pobres y emergentes. En efecto, sabemos hoy que los recursos públicos no bastarán para que se alcancen los objetivos de desarrollo sostenible para 2030, lo que hace que uno de los problemas globales de hoy sea reorientar los ahorros privados y hacerlos pasar de un cortoplacismo frecuentemente especulativo al financiamiento a largo plazo que puede ser razonablemente protector del ahorro privado de las

7 Sobre este tema vale la pena meditar el magnífico capítulo que Guillermo de la Dehesa le consagra en su gran libro *Comprender la inmigración* (Alianza Editorial).

infraestructuras indispensables –electricidad, agua, saneamiento, etc.– todo lo requerido para que la irresistible urbanización del mundo contribuya a una vida más digna para los más pobres. En tal contexto, lo que haremos de nuestros ahorros tiene gran importancia.

4. Por lo que toca al sentido de ciudadanía universal, sepamos convertir nuestro sentido muy estrecho y muy casero del bien común en un sentido global, puesto que nuestro mundo se hace uno y cada hombre, dondequiera que viva, es ahora mi prójimo. Reconozcamos que hemos entrado en un tiempo en el que el “mandamiento nuevo” que Jesús nos dio nos invita hoy a una fraternidad universal. Por lo mismo, estamos invitados a reconocer en todo lo que vivimos, por ordinario que sea, su dimensión de universalidad. Esto se aplica de manera especial a nuestra participación en la vida pública –preocupación y carisma propio de la Asociación Católica de Propagandistas, y tema permanente de vuestros congresos y jornadas–, orientando esta participación al servicio de un mundo solidario y pacífico, insistiendo de nuevo en esta necesidad de renovar nuestra Europa y darle un dinamismo nuevo, tomando bien en cuenta sus grandes responsabilidades, para un mundo mejor. Aquí cabe recordar las palabras de la *Gaudium et Spes*: “Estos progresos humanos en los cuales trabajamos tienen mucha importancia para el Reino de Dios, en la medida en que pueden contribuir a una mejor organización de la sociedad humana”.

5. Finalmente, déjenme insistir en mi último aspecto de la santidad para los próximos decenios. Será la de cristianos que, enfrentados a una contracultura mundial destructora del hombre, habrán entendido la urgencia de unir mucho más decididamente sus fuerzas con las otras sabidurías y religiones del mundo, apoyándose mutuamente para promover éticas de sobriedad, de compartimiento, de fraternidad y de paz conformándose a las enseñanzas del Vaticano II en su declaración *Nostra Aetate*⁸, que nos invita a tal diálogo y colaboración, e incluso –son sus propias palabras– a reconocer, guardar y promover “aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socioculturales que en ellas –en esas otras religiones – existen”. En esto también queda por hacer.

Es tiempo de concluir. Les propongo hacerlo leyéndoles la oración con que termina el sermón del Padre Rahner sobre el “momento favorable”: “Oh Dios, danos por tu gracia, la luz y la fuerza de reconocer y de vivir cada día, cada

8 “Por consiguiente, exhorta sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y colaboración con los adeptos de otras religiones, dando testimonio de fe y vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que en ellas existen”.

momento, como Tú no cesas de dárnoslo: como el don que Tú nos haces, como gracia tuya y como misión nuestra, al fin de que en este tiempo, de este momento favorable de salvación brote tu eternidad”. Añadiré simplemente mi propia oración para que el Espíritu Santo que nos acompaña esté muy presente en el trabajo de su Congreso, fortalezca su afán de fraternidad y les colme a ustedes de su alegría.

Muchas gracias.

Extractos de un sermón pronunciado el primer domingo de Cuaresma el 10 de marzo de 1957, que comentaba 2 Cor. 6, 1-10

“Como bien sabemos, la vida humana solo se vive una vez, y es a partir de esta unicidad del tiempo como crece, como un fruto, la eternidad. Nosotros, cristianos, sabemos que este tiempo único nos es dado por Dios. Somos llamados en un tiempo determinado y tenemos un tiempo cuya longitud no decidimos nosotros: es Dios quien la determina. En este tiempo, repito, cada momento es único y precioso, porque, en definitiva, ningún momento puede ser reemplazado por otro. Y como nosotros, como cristianos, somos llamados en el tiempo de Cristo; como nos es predicada la Palabra de Dios revelada, la Palabra de su reconciliación, de su amor, de su misericordia; como la Palabra de Dios hecha carne pertenece a nuestro tiempo, entonces es que el día de salvación está verdaderamente ahí, lo mismo que el momento favorable, el momento conveniente, el momento oportuno, de acuerdo con la traducción que tal vez se podría dar también a esa palabra de Pablo. Por eso Pablo afirma (y la Iglesia lo dice con él ahora, al principio de este tiempo de Cuaresma): Ahora es el tiempo favorable, es vuestro ‘Kairos’, es ahora el día de salvación. Este ahora no existe siempre, sino que pasa; este ahora es un don que no está en nuestro poder. Tal vez tengamos todavía una larga vida por delante, tal vez vayamos a vivir aún muchas Cuaresmas; sin embargo, cada momento de nuestra vida es precioso y cada uno de ellos es un don de Dios. Con frecuencia nos gustaría mucho vivir otros tiempos, en la historia del mundo y en nuestra propia vida. Quizá vivimos un tiempo de angustia, y nos gustaría vivir un tiempo de alegría. Quizá nos gustaría conocer tiempos magníficos y vivimos un tiempo de trabajo pobre, penoso, monótono, enojoso, del que nos figuramos que apenas sale nada. Y, sin embargo, de cada uno de nuestros instantes, la Escritura puede decir: he aquí ahora el tiempo favorable, he aquí el día de salvación: el día que tú tienes ahora, la hora que te es dada en este momento. Deberíamos dirigir a Dios sin cesar, con toda la fuerza de nuestro corazón, esta oración: Dame la luz y la fuerza necesarias para reconocer el

tiempo del que dispongo ahora como Tú quieres que lo reconozca: como algo que tal vez hay que soportar y que quizás es enojoso y amargo, tal vez como la hora de la muerte o de la lenta agonía, pero sobre todo como tu hora, como el don que Tú me das, y como el día de tu salvación.

Si empezásemos así cada día, si aceptáramos cada hora de la mano de Dios, es decir, de allí de donde esa hora verdaderamente nos viene, si no quejásemos, si no lucháramos contra la situación en que estamos puestos y de la que no podemos escapar, sino que dijésemos con fe y humildad, en la fuerza del Espíritu y en la luz del Señor: es ahora el día de salvación, la hora de salvación, el momento favorable del que puede surgir mi eternidad, ¿no estaría entonces nuestra vida mejor vivida? Entonces nuestros días, aunque humanamente sean vacíos y desolados, ¿no resultarían más llenos, más luminosos, más grandes, más amplios y más dichosos, con esa dicha secreta que el cristiano puede conocer incluso en la cruz y en la desolación? Repitamos una vez más con el Apóstol: He aquí ahora el tiempo favorable, he aquí ahora el día de salvación. Oh, Dios, danos por tu gracia la luz y la fuerza de reconocer y de vivir cada día, cada momento, como Tú no cesas de dárnoslo: como el don que Tú nos haces, como gracia tuya y como misión nuestra, a fin de que de este tiempo, de este momento favorable de salvación, brote tu eternidad” (Sermón citado en *Homilias y meditaciones*, Salvator, 2005, pp. 223-225).